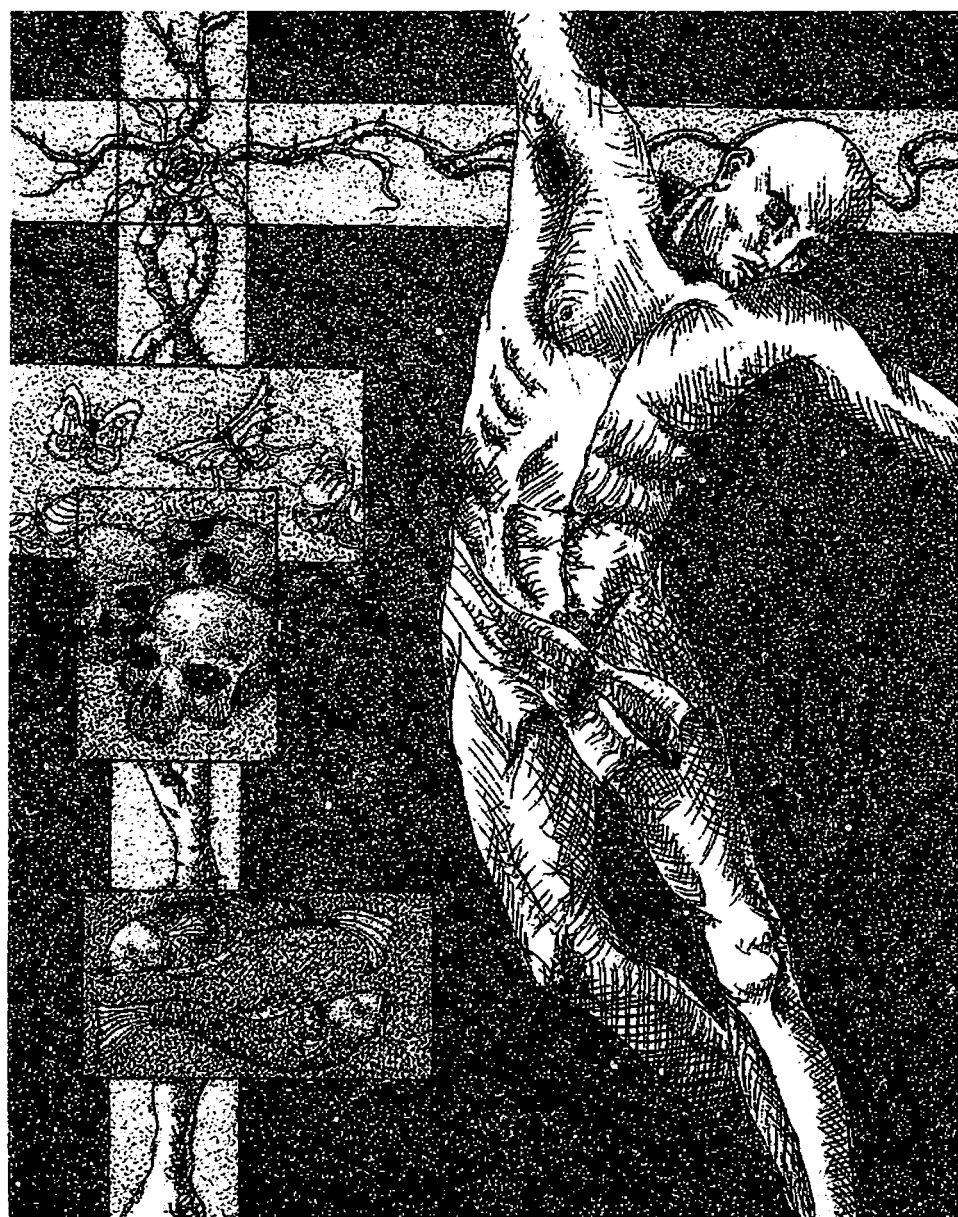




F. RODRÍGUEZ



Las trampas de quién a quién o por qué y para qué

Francisco Valero Becerra

EN MEMORIA DE GUILLERMO ROUSSET BANDA
Y FLORENCIO SÁNCHEZ CÁMARA

La Iglesia de Cristo y sus fineza —se ha repetido una y otra vez— nace con el ejemplo del que dio su vida por redimir al género humano y, a base de esgrimir la palabra en parábolas como aquélla de *dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios* o la no menos célebre del *camello que pasará por el ojo de una aguja antes de que un rico se salve*, se enfrentó a los poderes de Roma y Judea. Una cosa es lo que predicó Cristo, una misma, a imitación suya, lo que hicieron los próceres cristianos y han seguido llevando a cabo los mejores soldados de la religión católica, como el *poverello de Asís* y los primeros misioneros españoles de su Orden en América; y así, en nuestros días, el obispo de Cuernavaca Sergio Méndez Arceo o el de la ciudad de Jovel en Chiapas, Samuel Ruiz, por citar sólo ejemplos.

Pero la Iglesia, años después de la Reforma franciscana, poco a poco se va conformando como un ente ya no sólo espiritual y nacido del libre albedrío de cada uno de sus fieles, sino político, suntuoso, a veces soberbio e implacable. Y así capaz de justificar la Conquista de América. Y así de crear aberraciones como el mal llamado Santo Oficio de la Inquisición. Cómo olvidar que lanzó a la hoguera a Bruno, amagó a Galileo, hizo cauteloso a Leonardo y se procuró a sí misma, como respuesta a sus malos ejemplos, la rebeldía de Lutero y Calvino y la segregación de Inglaterra del seno de una entidad única eclesiástica que, decía y sigue diciendo, fundó Cristo para bien de toda la humanidad.

¿Que yo demuestre lo anterior? Otros, gente pensante, gente legítimamente inconforme con el uso y los abusos que se cometen a nombre de Cristo, lo han hecho por mí. Y si se prenden manchas a nombre de Cristo, cómo no habían de prenderse a nombre de sor Juana Inés de la Cruz, una mujer, una inmensa poeta, apenas una monja. La que escribió:

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato,
[...]
Sírname el entendimiento
alguna vez de descanso.

Del desbarajuste que es mi vida ya he platicado por allí en algún panfleto. En verso y en prosa. No faltaba más. Me gusta lo elegante y así, en ocasiones, ejecutar palabras rimadas como éstas:

Iturbide le dijo a Miramón
aí te dejó el paquete Miguelón
pero Juárez era más cabrón
y le dio su chi-cha-rrón

Por allí en otra página:

En el soliloquio de la pinche esclavitud
paraninfo de sufrimiento es la verdad

Asimismo:

¡Y arriba la virgen, jijos de la chingada!¹

¿Qué risa? Sí. Pero es cosa muy seria si bien se ve. El texto es irónico, palabra que es atuendo de la desgracia histórica que le toca vivir a México *tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Uni-*

Francisco Valero Becerra. Poeta y ensayista. Autor de, entre otros títulos, *In memoriam* (1991), *Utopía / No hay indicios que corran electrizados por tus venas* (1992) y *Antitiempo de sonatas* (1995). La UAEM editó recientemente su antología *Raúl Garduño/por detrás de la noche*.

dos. ¿Quién lo señaló? No me tocó hacerlo a mí en principio, ciertamente. Tampoco escribí aquello de *Palabras malditas, que sólo pronunciamos en voz alta cuando no somos dueños de nosotros mismos* [...] El "hijo de la Chingada" es el engendro de la violación, del rapto o de la burla. La alegoría de la chingadera que son esta palabra y esta vida se debe a Octavio Paz en su célebre tratado *El laberinto de la soledad*.² Ironía pura, cuánta verdad sin embargo, para reírse de sí mismo si es menester. Pero no es de este libro del que paso a ocuparme.

Hace años, cuando aún vivía en la ciudad de México, asistí en ocasiones al "círculo del mate dominical" que convidaba al padre Octaviano Valdés. Persona más que agradable. Un hombre generoso. Un hombre culto, interesado como quien más en las cuestiones del espíritu, personaje bien nacido en el Estado de México. Monseñor, le decíamos. Departí allí con eruditos, académicos culteranos —así los veía yo— la inmensa mayoría. Aprendí de ellos, debo decirlo, aunque mi tendencia va por otro rumbo. Platicaba más con amigos como Pancho Liguori, Horacio Espinoza Altamirano, el recientemente fallecido Florencio Sánchez Cámara, Arturo Azuela, Ricardo Ferré, Enrique González Rojo. Y conocí allí mismo a Tarsicio Herrera Zapién, por quien siento una real admiración engarzada con algo que no logro definir del todo: no sé si es chabacanería lo que muchas veces le oigo decir, ingenuidad suya o desacierto. Pero no es mala fe, ni deseo de engañar a nadie, de eso estoy seguro.

Tarsicio Herrera es, por un lado, un hombre cultísimo: ejecuta el piano impecablemente, sabe de música y de pintura y de literatura, traduce del latín como lo haría el más pulcro latinista. Sólo que, asimismo veo en él a un hombre chapado muy a la antigua, siento que no vive en este tiempo. Me pregunto entre otras cosas si conocerá a Pound y Eliot, si entenderá el *versolibrismo*, si sabrá degustar esta tendencia. Me temo una respuesta como otras que ya le conozco, como cuando le pregunté lo que pensaba del sorjuanismo de mi inolvidable maestro Abreu Gómez

y respondió acusándolo de haber sido un ignorante comecuras, algo que no esperaba yo naturalmente. Para mí, Ermilo Abreu es todo lo contrario, no exagero si digo que me pasaba horas oyéndolo, sin yo abrir los labios, nada más por el gusto o el placer de escuchar a un hombre tan ameno y tan sabio.

La bandera de Tarsicio Herrera es la del clero. Vive molesto con personajes como Abreu, Sergio Fernández o Paz, entre otros, porque ponen en tela de juicio los puntos de vista de Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte, el mismo Octaviano Valdés, Alfonso Junco y demás emisarios de una doctrina —la de la iglesia que defienden— a estas alturas incapaz de resistir un verdadero juicio histórico.

De que la ruta que trazó Abreu para estudiar a sor Juana es la correcta, me lo dicen palabras de ella como su *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* o como las que siguen:

¿Tan grande iay, hado!, mi delito ha sido
que, por castigo de él, o por tormento,
no basta el que adelanta el pensamiento,
sino el que le previenes al oído?

Tan severo en mi contra has procedido
que me persuado, de tu duro intento,
a que sólo me diste entendimiento
porque fuese mi daño más crecido.

Dísteme aplausos, para más baldones;
subir me hiciste, para penas tales;
y aun pienso que me dieron tus traiciones

penas a mi desdicha desiguales;
porque, viéndome rica de tus dones,
nadie tuviese lástima a mis males.





C. MONTES DE OCA



Pero no es nada más sor Juana. Hace años leí un artículo que decía más o menos esto: *Porfirio Barba-Jacob está en el cielo porque se arrepintió de su vida licenciosa y se confesó antes de morir con el R. P. Méndez Plancarte, apóstol de su conversión.*

¿De veras? Porfirio Barba-Jacob, el poeta escandaloso, bisexual, mariguano, —como la sociedad lo tachó, como su propia ironía confesaba de sí—; el enorme poeta, posttr artífice del modernismo, sucesor de Rubén Darío ¿en el cielo? ¿Y que se piensa que renunció al infierno de su poesía? Sigue siendo común *entramparse* bajo el control psíquico que promueve la iglesia cuando nos taladra la mente con aquello de la condenación eterna y demás argucias que amenazan la incertidumbre de los débiles, al conocer por la boca del médico y los síntomas inequívocos que la muerte se aproxima.

Sólo que nadie borrará la palabra:
Y vosotros, rosal florecido,
lebreles sin amo, luceros, corpúsculos,
escuchadme esta cosa tremenda: ¡he vivido!
He vivido con alma, con sangre, con nervios,
[con músculos,
y voy al olvido... / PB-J

Sobre Concha Urquiza, otra inmensa poeta, la que nunca en vida publicó un libro y cuya obra, sólo después que murió, el padre Gabriel Méndez Plancarte dio a conocer en un volumen, ha escrito Ricardo Garibay:

No necesita prólogos su poesía; sí, tal vez, su persona, la anárquica traza de sus días, el cómo era, el cómo hacía las cosas. Y esto porque hasta hoy nadie lo ha dicho y porque gentes de ánimo chico, de oficio redentores nos la han heredado casi como una beata rezandera, azucarada, en nada parecida a los que andamos pantaneando, y así nos la alejan, le quitan humanidad, le borran pudibundos la gran capacidad de error que tuvo e hizo de ella la desventurada y formidable que ahora nosotros perseguimos [...] de ninguna manera estamos ante el alma mansa que la literatura eclesiástica quiere endilgarnos.³

Ella escribió:

Mientras la vida pasa,
tus ojos, sin ser míos,
en el fondo del alma
siempre fijos están;
así como en las claras
corrientes de los ríos
las estrellas se quedan
y las aguas se van.

Me encuentro con otro libro: *Memoria del Coloquio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz y el Pensamiento Novohispano 1995*.⁴ Entre sus textos, el que se titula *La fénix: del filme vulgar a la sacra grandeza*, por Tarsicio Herrera Zapién. De aquí el motivo de mi ensayo. Dice:

De inmediato recordé que cuando, en 1982, salió el citado libro de Paz [*Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*], los comentaristas escribían en los diarios: "Todavía no he leído el libro, pero sin duda es muy valioso". / Por entonces don Octaviano Valdés, que fue por sesenta años el patriarca levítico de los escritores que acudían a su "círculo del mate dominical", me dijo: —Te encargo la tarea de refutar ese libro, que ataca a Sor Juana. / A causa de tal encargo, soy de los poquísimos intelectuales que hayan leído las 630 páginas de *Las trampas de la fe*. Y ya lo refuté en 30 apretadas páginas de mi libro *Buena fe y humanismo en Sor Juana*, Porrúa, 1984. / A Paz lo alabaron por dicho libro en docenas de reseñas, tras hojear unas pocas páginas; en cambio, otros que leían el mío, guardaban tímido silencio.⁵

No sé por qué al leer el texto de Tarsicio Herrera de pronto me parece estar disfrutando otro ejemplar modelo que le antecede en cuarenta años, el inefable *¡Presente!* de Horacio Zúñiga y de allí el que yo creía su inimitable prólogo, titulado *Carta abierta a mi madre que está en el cielo*. El tono es más que parecido. El tema, cosa seria para los dos. El desarrollo y su síntesis: humor involuntario.

¿De veras cree Tarsicio todo lo que dice? Si él ha sido *de los poquísimos intelectuales que hayan leído las 630 páginas de Las trampas de la fe*, acaso peque yo de vanidoso si le pido que por favor me sume a estos *poquísimos*, porque yo también lo leí. ¿De veras piensa que *A Paz lo alabaron por dicho libro en docenas de reseñas, tras hojear unas pocas páginas; en cambio, otros que leían el [suyo] guardaban tímido silencio?* ¿Que su libro tiene mayor trascendencia que el de Paz?

No voy a concluir en que estoy conforme con todo lo que Paz recrea y afirma. *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe* me parece un texto grandilocuente, exagerado o innecesariamente prolijo, que se contradice en ocasiones, al que le falta síntesis. Libro en que hallo, como en una variedad, lecciones de sabiduría, acepciones irrefutables junto a otras tan antihistóricas y tan fuera de sitio, *trampas de la fe poética de Paz*, como éstas:

Debido al escaso interés que han mostrado los poetas jóvenes por las formas tradicionales y por la prosodia y la métrica —desdichada secuela de la poética vanguardista— apenas si se escriben hoy romances, villancicos o cosantes. Es grave: la poesía, arte verbal, es palabra rítmica que se dice y se oye. Un poeta sordo es un corredor cojo. En cambio, Lorca, Gorostiza, Alberti, Gerardo Diego, Molinari y otros poetas de esa generación, en España y en América, cultivaron con brillo las formas tradicionales. Esos poetas nos enseñaron que la novedad no está reñida con la tradición. Incluso podría agregarse que la verdadera originalidad es, siempre, un regreso al principio: el arte es un continuo recommienzo.⁶

Habría que hacerse aquí varias preguntas y por orden: 1) ¿A qué poetas jóvenes se

refiere Paz? Porque yo conozco muchos —buenos y mediocres como en todo— que se pasaron años acudiendo a los cursos que dictaban Florencio Sánchez Cámara, por un lado, y Guillermo Rousset Banda, por otro, donde se estudiaba básicamente lo relativo al verso libre, la menos libre de todas las formas de versificar según el decir de personas estudiosas. Y en donde se daba toda la importancia que merece a *las formas tradicionales, la prosodia y la métrica*, como la fuente de saber que son. 2) ¿Es grave qué cosa, que *apenas si se escriben hoy romances, villancicos o cosantes?*; y si *la verdadera originalidad es, siempre, un regreso al principio*, ¿esto quiere decir que debemos regresar y escribir hoy y como norma villancicos y romances?

En lo que sí estoy de acuerdo es en que *un poeta sordo es un corredor cojo*. Y en admirar a *Lorca, Gorostiza, Alberti, Gerardo Diego, Molinari y otros poetas de esa generación*, mas no porque éstos *cultivaron con brillo las formas tradicionales*, sino porque estuvieron en su tiempo; y en que *la poesía, arte verbal, es palabra rítmica que se dice y se oye, pues claro que también sólo veo una positiva verdad*.

Pero señor mío, el verso libre no tiene su cuna en lo que usted llama *desdichada secuela de la poética vanguardista*, sino, como usted lo debió saber, en enunciados de Kahn y Laforgue de fines del siglo pasado y anteriormente en la poesía de William Blake. Y no trata de destruir la métrica ni las asonancias como un simple impulso. Acaso las vanguardias así hayan actuado ciertamente, ¿pero quién puede acusar a Pound o a Eliot, los hasta hoy más destacados representantes de la versificación libre, de proceder en esta forma?, cuando Pound es el impulsor de una teoría, el creador de un método, y Eliot, condiscípulo de Pound, quien llegó a merecer por su obra el Premio Nobel de Literatura. Léase lo que dice Pound y acaso logremos deducir de sus palabras, como yo me atrevo a creer, que el verso libre es la mayor constancia de los poetas de esta época de que están en su tiempo:

Tanto se ha garabateado respecto a una nueva manera de hacer poesía, que tal vez se me perdone esta breve ojeada retrospectiva. / En la primavera o a principios del verano de 1912, "H.D.", Richard Aldington y yo decidimos que estábamos de acuerdo en los tres principios que siguen: / 1. Tratar la "cosa" directamente, ya fuese subjetiva u objetiva. / 2. Prescindir de toda palabra que no contribuyera a la presentación. / 3. En cuanto al ritmo: componer (escribir) siguiendo una secuencia análoga a la de la frase musical, y no en una secuencia de metrónomo.⁷

Sería demasiado extenderme para, ejemplificando, demostrar cómo lo de Pound es un método, nada que pueda parecer *desdichada secuela de la poética vanguardista*.

Paso a cuestionar el porqué de lo que Paz expresa.

Personaje contradictorio como quien más, Octavio Paz (Premio Nobel, 1914-1998) escribió mucho, poesía, crítica y ensayo básicamente. Siempre he creído que su poesía, de la que rescato una infinita gama de imágenes espléndidas, envejeció con sus teorías mucho antes que él: por la forma en que está escrita. Uno de sus poemas más aplaudidos, *Piedra de sol*, con sus quinientos y pico de endecasílabos, sin que yo deje de reconocer que contiene –vuelvo a decir– imágenes espléndidas, es más un ejercicio monótono que fastidia de tanto sonsonete.

Aquí el problema no es que juzgue a Paz como un mal poeta, que no es el caso; es un gran poeta sin lugar a dudas. Sino la vanidad de Paz que inducía en otros a que hablaran de él y lo tomaran como el paradigma de esta época. Sus alianzas con la reacción lo llevaron a encabezar una capilla poderosa que determinó, y que pretende seguir determinando, lo que está bien y lo que está mal, lo que se debe apoyar y lo que no. Más o menos así se resume su política: promoción y estímulos a sus favoritos; desconocimiento y ninguneo para los inconformes. La mentira de decir que se crean oportunidades para todos.

No obstante, veo en el libro *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe* un tratado esencial que debe leerse, una aportación genuina para acercarnos a comprender nuestro pasado, básicamente en lo que toca a la historia y la literatura de nuestra primera gran poeta, nuestra Juana de Asbaje.

Para mí no hay duda: Paz no es irrespetuoso y sabe reconocer los méritos de otros investigadores. De Alfonso Méndez Plancarte dice por allí en una página que la recopilación hecha por él de la obra de sor Juana muy difícilmente podrá supe-

rarse y cómo, sin ésta, él no habría podido escribir *Las trampas de la fe*. A Ermilo Abreu Gómez le reconoce su carácter precursor del sorjuanismo moderno, aunque lo juzga esquemático. A sor Juana, a su poesía y a ella misma, sólo quien lea este libro entre aparejos no sentirá que la ama y la reconoce. Lo que de ella dice no es para ofenderla, sino para hacerle justicia y elevarla como producto de un real conocimiento de su vida y el momento histórico que le tocó vivir y padecer.

Pero es precisamente allí donde cunde la protesta secular, del clero de sotana y del de saco y pantalón. Porque, siguiendo a Abreu, Paz se pone a investigar lo que se oculta en el convento atrás de bambalinas, lo que no le gusta a la reacción que se sepa ni, mucho menos, que se difunda, lo que ésta ha querido tapar a todas luces. Desenmascara ejecutantes de esta “política” clerical de confusión y ocultamiento, entre éstos, a gente de innegables dotes eruditas y auténtico gusto por la literatura, como los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte, sacerdotes, apóstoles de verdades a medias. Es el gran mérito de Octavio Paz.

En cuanto a lo que dice de los jóvenes poetas actuales, lo que apunté párrafos arriba, aparte de que desafina en un tratado como éste que debió en su totalidad enfocarse a sor Juana y así reducir consistentemente su ancho lomo, me parece más una cuestión de celos. Tampoco hay duda para mí: la poética de Pound, en relación a la de Paz, es mucho más el paradigma de esta época.○

- 1 Francisco Valero, *Fe de erratas*, Praxis, México, 1997.
- 2 Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*, 5ª ed., FCE, 1967, pp. 67 y 72.
- 3 Concha Urquiza, *Nostalgia de Dios*, Delegación Política de Cuajimalpa de Morelos, México, 1985, pp. 8 y 17.
- 4 *Memoria del Coloquio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz y el Pensamiento Novohispano*, UAEM/IMC, Toluca, 1995.
- 5 *Ibid.*, p. 159.
- 6 Octavio Paz, *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, Seix Barral, México, 1982, p. 405.
- 7 Ezra Pound, *El arte de la poesía*, Joaquín Mortiz, Serie del Volador, México, 1986, p. 7.